

Caminante sin sombra



*Alejandro Jiménez Schroeder**

adjimenezs@unal.edu.co

Tras ponerse el semáforo en verde los carros arrancaron y él se detuvo. Levantó la cabeza y se percató de que lo miraban. Había caminado cerca de tres horas sin distraerse de su oficio hasta aquel momento en el que cruzó un par de miradas con aquella mujer. Ella también le sonrió.

Luis Eduardo Castro se levantó a las 4:00 a.m., al igual que todos los días. Tomó su maletín, desayunó y puso pasador al portón, para luego hacer un viaje en transporte urbano que lo llevaría desde su residencia en la localidad de Kennedy hasta el barrio El Encanto, ubicado en la localidad de Engativá. Un viaje que duraría cerca de una hora desde el momento en que tomó aquel ejecutivo a la altura de la Primero de Mayo con avenida Boyacá hasta llegar al sector de Normandía, en donde se bajó.

En ese momento las manecillas del reloj marcaban las 5:50 a.m., hora en que Luis Eduardo acostumbra llegar al trabajo, luego de atravesar más de media ciudad. El silencio que rondaba el lugar se quebró con los lejanos ladridos de un perro. Las bombillas de los postes seguían prendidas, pues el manto de oscuridad que envuelve las noches aún permanecía sobre el cielo.

Tras los ladridos, el silencio era lo único que existía en las calles donde cohabitaban las miles de sombras que se escondían de la luz de los faros. En algún momento resonaron pisadas en la acera que anunciaban la presencia de alguien más; sin embargo, no había nadie más. En ese instante recordé el poema de Octavio Paz. Luis Eduardo quizás pensaba que la calle larga y silenciosa era una realidad. Caminando entre tinieblas, tal vez tropezaría para luego caer, levantarse y pisar con pies ciegos... pisar piedras, hojas, tierra y basura que en un par de horas recogería. Detrás del él, alguien también las pisa. Se detiene y

▷▷ * Estudia Literatura en la Universidad Nacional, 20 años. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

aquel también se detiene. Él corre, también corre y al darse la vuelta a nadie ve. Su sombra, su soledad, su día, su vida estaban en la calle, que ahora era su cotidianidad...

Al dar las 6:00 a.m., el manto nocturno que cubría el cielo se había disipado, y yo no sólo podía ver desde mi ventana con la primera luz del día los cerros de Bogotá, sino también a un grupo de hombres que, al igual que Luis, caminaban por la calle para ir a recoger sus implementos de trabajo.

En Bogotá, dos personas que vivían en lados opuestos de la ciudad se habían juntado circunstancialmente en aquella esquina de la calle 68, cual si el universo estuviese conspirando para unirlos, y justamente en aquel momento en el que ella lo miraba sus ojos se cruzaron. Sus miradas se juntaron por un par de segundos y tal vez, ese era el tiempo necesario para enamorarse. Ella lo veía con cierta curiosidad, aunque intentaba pasar desapercibida. Intentaba verlo de reojo y tras un ligero movimiento de cabeza nuevamente sus miradas se tocaron. Él, en un principio no la vio, pero sintió que lo observaban. Giró su cabeza y notó que ella lo veía de arriba abajo con curiosidad, aunque intentaba disimular. En el instante en el que sus miradas quedaron fijas las palabras sobraron.

♦ Detrás de la escobita

Hace un par de meses, a unas cuantas casas de la mía, se ubicó el depósito en donde una cuadrilla de escobitas recogía en la mañana y dejaban en la tarde sus implementos para trabajar. Son cerca de 50 empleados pertenecientes al grupo de barrenderos manuales de vías públicas de ATESA, empresa encargada del servicio de aseo de las localidades de Fontibón y Engativá, con más de 300.000 personas.

Uniformado con su vestido naranja y acompañado de su carro de basuras, Eduardo emprendió el recorrido que día a día realiza por las calles de la localidad desde hace más de año y medio. La diferencia es que hoy lo acompaño yo desde la otra acera cual si fuera su sombra. La víspera le pregunté si habría algún problema en acompañarlo en su recorrido y luego de un instante respondió: *"¡Claro, pero no me puedo distraer!"*

Como todas las mañanas inició su recorrido frente a una casa de color café ubicada justo al frente al parque. Caminaron un par de calles hacia el oriente y desde una esquina, donde hay un poste de la luz con un aviso de mecánica automotriz, iniciaron su marcha por los barrios aledaños. Él, junto con una cuadrilla de tres compañeros avanzaron con una técnica que parecían saber de memoria.

Desde la esquina de la calle 63 caminamos un par de casas hasta llegar a nuestro primer objetivo. Las calles se encontraban aún desiertas y el penetrante frío de Bogotá cubría toda mi piel (a pesar de mi chaqueta). Al final de la cuadra hay una panadería que acababa de abrir. Miré hacia el cielo y vi que se encontraba despejado. Parecía ser el comienzo de un lindo día a pesar de que la noche anterior llovió.

Al llegar a una nueva cuadra se detuvieron. Se ubicaron de forma intercalada para cubrir ambos costados de la calle y en un lapso de dos a tres minutos limpiaron aproximadamente cuadra y media. Al terminar, caminaron un poco más y nuevamente se detuvieron. “*caminar, parar y barrer/ caminar, parar y barrer*”... ¡Aparentemente un trabajo fácil de hacer!, pensé. Pero luego me di cuenta de que nada estaba más lejos de la realidad, pues aquellas paradas desgastaban más que el caminar fluido al que estaba acostumbrado.

Luego entendería que su labor consistía en algo más que caminar calle tras calle, atravesando cada uno de los barrios a medida que se dan vueltas y vueltas sobre cuadras y manzanas en busca de aquellos papeles, plásticos y demás desechos que la gente suele arrojar, imaginando que van a desvanecer.

Seguimos caminando y al rato me percaté de que el caminar pausado no era el único obstáculo para realizar aquella labor, sino el mecánico e infinitamente eterno procedimiento de barrer, recoger, botar y rodar hacía que cada segundo se volviese más lento. “*Barrer, recoger, botar y rodar/ barrer, recoger, botar y rodar*”. ¡Y digo rodar!, pues a veces pareciera invisible la difícil labor que es llevar junto a cada uno aquel carrito de basura que paso a paso se hace más pesado.

Cuando él la miró, sus miradas por tan sólo una fracción de segundo quedaron fijas y tan sólo eso era lo necesario para cambiar ambas vidas. Ella posiblemente era una vendedora o algo así, por su forma de vestir. Él, el mismo hombre que hacía un par de años no tenía novia, aunque según me dijo, no le hacía falta, pues “*de esa forma se sale mejor con los compañeros a rumbear*”.

♦ Un inmigrante más

Luis Eduardo llegó del municipio de Madrid hace más de diez años, pero apenas el año pasado consiguió trabajo. Antes, vivía de las ventas en la informalidad o de aquellos trabajos temporales que escasamente le permitían subsistir. Cuando piensa en la familia que dejó por venir a estudiar, enronquece y sus ojos se convierten en ventanas del pasado.

Se considera hace un par de años hincha del honroso club Los Millonarios, aunque no suele ir al estadio y los días en que juega la selección se pone la camiseta tal como antes, aunque según me dijo, era consciente de que hace tiempo no teníamos una buena selección.

Cuando le pregunté: *¿y qué opina del país?*, con una risa improvisada me respondió: “*¡No opino!*” Luego me dijo: “*Nunca nada es fácil... no sé, tal vez algunos hayan sufrido más que otros, pero, ¿para qué quejarse?*”. En aquel momento me quedé callado, pero sin abrir mi boca, él comprendió: “*Mi hermana y mis padres se quedaron en el pueblo y yo vine, a los 24 años, buscando una vida mejor. Llegué con el deseo de estudiar Ingeniería Industrial y luego traerme a la familia para acá, pero ¡qué va! Apenas llegué a buscar dónde dormir, luego buscar con qué pagar el arriendo y, además, día a día algo pa' comer*”.

¿Se arrepiente entonces de haber venido? “*¡No, para nada!! Las vivencias que acá he tenido no las cambio por nada; además, ahora con este trabajo las cosas se me componen y quién*

quita que pueda empezar a estudiar". ¿O sea que le gusta su trabajo? "Pues como todo. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Lo único que no tolero aún es la deshumanización de pasar todo el día sin hablar con la gente. ¡Barra que barra! como si fuera una maquinita, y la gente...ya ni se toma la delicadeza de notar que uno está ahí para mantener bonita la ciudad. Porque mal o bien, lo que uno hace es importante, aunque el reconocimiento sea nulo; es como ser un caminante sin sombra... ¿usted me entiende, no?"

La rutina siguió de la misma manera por algo más de una hora hasta que los cuatro compañeros se juntaron para descansar. Durante cinco minutos el silencio y la rigidez en la cara que llevaba cada uno se desvaneció al entablar una conversación entre chanzas y sonrisas. Hubo un instante en el que dudé si acercarme a hablar o mirarlos desde lejos, pero una seña de Luis bastó para que me integrara en la conversación.

Al pasar los cinco minutos, Luis y sus compañeros se levantaron de la acera y sin mediar palabra continuaron su labor. Caminan, paran y comienzan a barrer. Luego forman con la basura un montículo que al final recogen con la pala, para luego volver a empezar.

El tiempo fue pasando a medida que andábamos a paso lento y sin darme cuenta llegamos a la calle 68 con avenida Boyacá a eso de las 10:00 a.m. Para aquel entonces no podía más con mis pies y dándome por vencido me apoyé junto a una pared. El habitual comercio del sector había empezado unas horas atrás; había gran movimiento de peatones y las calles se encontraban atestadas de automotores.

Luis Eduardo en aquel momento dio media vuelta y me miró. Lo único que se me ocurrió hacer fue levantar la mano y despedirme, pues era imposible retrasar su recorrido. Él cogió su carrito para cruzar la calle. En aquella esquina, frente a él pasó un torrente de vehículos que le avisó que el semáforo había cambiado. Sin más opción se detuvo y soltó el manubrio del carrito mientras veía los vehículos pasar. Intentó voltear, tal vez para mirar hacia acá, pero junto a él encontró unos ojos que lo miraban fijamente.

Ella era una mujer de unos 30 y tantos años que en aquel momento lo miraba con curiosidad. De cabello castaño y piel blanca. Vestía un traje que le llegaba hasta las rodillas y una chaqueta gris. En un principio, Eduardo no se percató de que estaba junto a él, pero al darse cuenta de que ella lo miraba, le sonrió.

Luego de sonreírle, Eduardo esperaba una respuesta, pero el rostro de ella seguía atónito por aquel sorpresivo encuentro; justo antes de cambiar el semáforo, ella también le sonrió.

La sensación de invisibilidad que lo había acompañado aquel día había desaparecido ante la mirada de aquella mujer y, tal vez, solo tal vez, con su sonrisa expresaba un interés particular. Al detenerse los vehículos, los peatones cruzaron con rapidez haciendo que la imagen de ella se perdiera entre la multitud. Luis se quedó un instante quieto. Solamente una sonrisa, una fracción de algo que duró un poco más de treinta segundos, bastó para hacerlo feliz aquel día.